

ARINOS

Nº 11 junio 2010



Gaspar J.



REVISTA DE LA CASA
DE GALICIA EN CÓRDOBA

Plaza de San Pedro,1
14002. Córdoba
Tfno: 957 47 64 64

REDACCIÓN

Alonso Fernández, Alberto
García Sánchez, Bartolomé
León Lillo, M^a Isabel
Rodríguez Rodríguez, Isidro
Vázquez Baldonado, Dolores

COLABORADORES

Cabello, Matilde
Clémentson Lope, Miguel
Carlos
Cruz Casado, Antonio
Del Arco Domínguez, Rosa María
Jiménez, Manuel Ángel
Martínez Niza, Juan
Naranjo Ramírez, José
Vélez Otero, Juan José
Zafra Romero, Antonio

ILUSTRADORES

Cosano Jurado, Antonio Luis
Mora Quero, Manuel
Vicente Pastor, Eva

COORDINACIÓN FOTOGRÁFICA

García Sánchez, Bartolomé

COORDINA

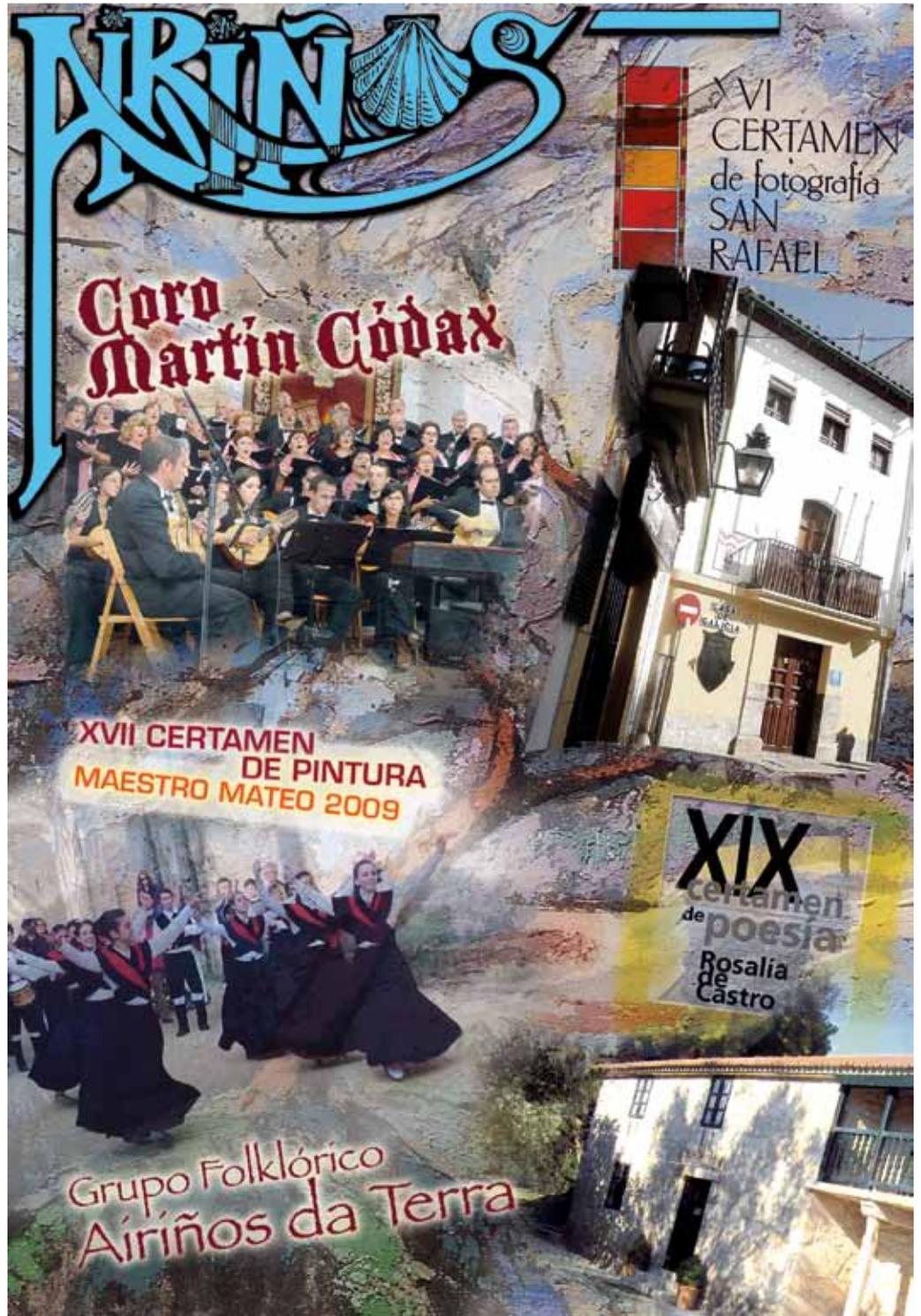
León Lillo, M^a Isabel

PORTADA

Puerta califal. Antonio Cosano

DISEÑO E IMPRESIÓN

DEPÓSITO LEGAL
CO-707-00



INJUPISA, S.L



ALQUILER



INMUEBLES PROPIOS

957-100 850

COMISIÓN
INTERMEDIACIÓN

0%

Un Ministro cordobés, Don Julio Burell y Cuéllar (Iznájar, 1859-Madrid, 1919), crea una Cátedra Universitaria para Doña Emilia Pardo Bazán (La Coruña, 1851-Madrid, 1921)

Es posible que el nombre de don Julio Burell y Cuéllar no diga casi nada a muchos de los lectores de esta revista de la Casa de Galicia en Córdoba. Y sin embargo, fue uno de los políticos más destacados de principios de siglo, que se inició como periodista, y que dejó su huella en nuestras letras, incluso como personaje literario. Su reflejo degradado se aprecia en el esperpento *Luces de Bohemia*, de don Ramón María del Valle-Inclán, concretamente en el personaje de don Paco, el ministro que ayuda al desgraciado Máximo Estrella, como se sabe¹, contrafigura de Alejandro Sawa.

Julio Burell y Cuéllar (Iznájar, 1 de febrero de 1859 - Madrid, 21 de febrero de 1919) es un personaje relevante, tanto en el mundo del periodismo como en el de la política, aunque para él, según confiesa en una entrevista a "El Caballero Audaz" (José María Carretero y Novillo), el famoso novelista montillano, afincado habitualmente en Madrid, lo más importante es su carrera periodística:

"- De todo lo que ha hecho usted en la vida, ¿qué es lo que más le agrada, maestro?

Sin vacilar, con su vozarrón, que retumba en el despacho, exclama:

- ¡El periodismo! Eso usted lo sabe bien. Es algo que se mete como un sutil veneno en la sangre y va destruyendo, poco a poco, todas las demás ilusiones... El hombre que, en su juventud, respira ese olor acre de las tintas de imprenta del periódico recién salido, ¡ya no tiene solución ni remedio!... La literatura y el periodismo son para nosotros como la droga para el morfinómano... Se sabe que nos va a quitar la vida y no podemos prescindir de ella"².

En el terreno de la política, desde 1887, con unos 27 años, es diputado por diversos distritos, en-



Iznájar

tre los que están el de Córdoba, el de Linares-Baeza y el de La Cañiza, en Galicia. Más tarde obtendrá el cargo de gobernador civil de Jaén y posteriormente de Toledo, en 1901, momento en que será visitado por diversos intelectuales del 98; de este hecho queda reflejo literario en algunas obras de principios de siglo, como ocurre en el *Diario de un enfermo* (1901), de Azorín. Allí escribe el maestro levantino:

"Esta noche he comido con el gobernador. Este gobernador, antiguo amigo, es un sutil artífice de la prosa, que poco a poco se va apagando.

Del férvido artista, sincero y reflexivo, ya apenas quedan en él rastros. El ambiente de la política, el diario trato y continuo sobo de politicastos y cínicos mangoneadores, van amenguando su fe de antaño, sus ansias juveniles de Ideal. Todas mis charlas con él, estos días, han sido un silencioso análisis. Siento ante él la angustia que se siente ante un ser querido que se muere.

Y se muere. Solo, desamparado en esta ciudad muerta, perdida la fe en el consolador trabajo literario, ansioso de medro, nostálgico de la febril vida del Casino y del Salón de conferencias, mi amigo pasea hastiado por las anchas salas de este destartalado caserón, recibe automáticamente a

¹ El Caballero Audaz, *Galería. Más de cien vidas extraordinarias contadas por sus protagonistas y comentadas*, Madrid, Ediciones El Caballero Audaz, 1948, vol. IV, pp. 265-271.

² Carmen Bravo Villasante, *Vida y obra de doña Emilia Pardo Bazán. Correspondencia amorosa con Pérez Galdós*, Madrid, Novelas y Cuentos, 1973, p. 294.

las comisiones, saluda, habla, sonrío con penosa violencia.

En el despacho oficial, tomamos café. A través de las esmeriladas bombas, suavemente matizada, la luz baña los largos divanes, la mullida alfombra a grandes flores amarillas, la mesa cargada de cartas, telegramas, antipáticos expedientes. Sobre el rojo peluche de un diván, destaca reciamente la blancura vivísima de una almohada. Mi amigo se recuesta: hablamos, divagamos, monologamos en el silencio desolador de la ancha sala..."³.

Su época más importante en el mundo de la política tiene lugar a partir de 1910, año en que es nombrado Ministro de Instrucción Pública. Un nuevo nombramiento para la misma cartera tiene lugar en 1915; es en este momento cuando abre la enseñanza universitaria a la mujer e incluso crea una cátedra para que imparta clases en la Universidad Central de Madrid doña Emilia Pardo Bazán, que no había conseguido ser nombrada Académica de la Lengua, a pesar de sus grandes merecimientos. Así lo recuerda Carmen Bravo-Villasante en la biografía de la insigne escritora gallega:

"Uno de estos varones fuertes y generosos fue el ministro de Instrucción Pública don Julio Burell, que firmó un decreto permitiendo a la mujer ejercer todos los cargos del Ministerio de Instrucción Pública. Burell firma, asimismo, contra viento y marea, el decreto por el que nombra a doña Emilia Pardo Bazán catedrático de Lenguas Neolatinas en la Universidad Central. Ante la posibilidad de que una mujer explique literatura en las aulas universitarias, el Claustro de Profesores se presenta ante el ministro para protestar con fiereza doctrinal por la arbitraria decisión.

Sin oposición, sin concurso, don Julio Burell ha creado la plaza para la condesa. Ciertamente es que se sale de las normas establecidas, pero ¿acaso había otro modo de hacerla catedrática? Por oposición jamás lo hubiera sido, aun siendo la mejor. Intereses creados, prejuicios de sexos, hostilidades ancestrales hubieran vedado la entrada de la mujer en la Universidad, como existe el veto, sin que haya ley, para la Academia. Los catedráticos protestan, y don Julio Burell tronante, con su vozarrón estentórea, les dice:



Emilia Pardo Bazán

"- No son ustedes dignos de desatar el cordón de su zapato".

Ordena y manda. Y la condesa es catedrática. La primera catedrática de la Universidad, como fue la primera socia de número del Ateneo, y la primera presidenta de la Sección de Literatura, y la primera profesora de la Escuela de Estudios Superiores"⁴.

Claro que casi todo son problemas para las mujeres intelectuales de entonces. Doña Emilia no conseguirá nunca entrar en la Real Academia de la Lengua, y entre los que se oponen figuran destacados escritores del momento. En cambio, Burell sí será nombrado académico sin ningún obstáculo, en 1917, cuando falta ya poco para su fallecimiento, que tiene lugar, como se ha indicado, en febrero de 1919. Poco después, en 1920, Valle-Inclán publica la primera versión de *Luces de Bohemia*, cuando está aún bastante cercano el recuerdo del político iznajeño y allí, oculto en la figura del ministro don Paco, que presta ayuda al desgraciado Máximo Estrella, contrafigura de Alejandro Sawa, como apuntábamos, se puede percibir la personalidad un

³ Pedro Sáinz Rodríguez, "Emilia Pardo Bazán", *Semblanzas*, Barcelona, Planeta, 1988, p. 15.

⁴ "Julio Burell ha muerto", *ABC*, 22 de febrero de 1919, p. 16.

tanto bondadosa y al mismo tiempo descuidada, en lo que al aspecto físico se refiere, de don Julio.

Mucho más tarde, uno de los alumnos de doña Emilia en la Universidad Central de Madrid, la que sería luego la Universidad Complutense de Madrid, en la que impartía clases de literaturas neolatinas, como se ha indicado, recuerda así sus clases:

“[Doña Emilia] fue nombrada profesora del doctorado sin oposición, como había ocurrido ya en otros casos; se la nombró profesora de literaturas neolatinas. En realidad la literatura que explicó fue la francesa. Esta asignatura era voluntaria y, por tanto, ningún alumno se gastaba el dinero en matricularse. Pero, al acabar mi licenciatura, me encontré con que había sacado matrículas de honor suficientes y aún me sobraba una; en vista de esto la apliqué a la cátedra de doña Emilia.

Doña Emilia tuvo que pasar por la preocupación de que, siendo profesora catedrático o catedrática -como se discutió mucho entonces en los periódicos- de literaturas neolatinas, no tenía alumnos; era un catedrático sin alumnos. Esto se remediaba porque las conferencias, que recuerdo eran alternas, debido a la personalidad de doña Emilia, tenían un público ajeno a la universidad. Ella, para asegurarse de todas maneras una concurrencia y no tener que cerrar la cátedra por absoluta carencia de oyentes, invitaba a un buen número de muchachas y señoritas de la buena sociedad, amigas suyas; de manera que la cátedra de doña Emilia, hasta que yo llegué, fue una cátedra extrauniversitaria; no había ni un solo alumno matriculado oficialmente. Por eso, cuando le comunicaron que en aquel curso contaba con un alumno oficial, su alegría y asombro no tuvieron límites y me acogió en palmitas, como algo caído del cielo.

Recuerdo muy bien las clases de doña Emilia. No hablaba; llevaba unas notas muy largas y abundantes que leía, diciendo algunas frases para enlazar las notas entre sí; en realidad era una clase de lectura más que una clase hablada; trataba de literatura francesa y seguía fundamentalmente el manual de Brunetière. Recuerdo que una de aquellas señoritas, que estaba sentada junto a mí, un día me dijo en voz baja:

-Pero usted no toma nota de lo que dice doña Emilia...

-Señorita —le susurré-, tengo el libro de Brunetière, que es lo que está recitando.

A la salida de clase, doña Emilia se quedaba sola conmigo y me invitaba a dar un paseo en su hermoso landó con dos caballos por el paseo de coches del Retiro. Yo aceptaba muy gustoso; luego tomábamos un helado en una especie de pastelería o confitería que había en el paseo de coches, entrando por la calle de Alcalá, a la izquierda, y siempre surgía una ligera discusión porque doña Emilia me quería convidar; yo le hacía ver lo feo que hubiera sido que una señora me pagase la merienda, y eran muchas las bromas que gastábamos sobre esto” .

Obviamente, la eximia condesa gallega no sale muy bien parada de estos recuerdos del luego importante crítico literario don Pedro Sainz Rodríguez (1898-1986), pero lo que sí nos parece relevante es que la figura de esta gran escritora abriera en cierto sentido la docencia universitaria a la mujer española; y este hecho, que a estas alturas nos parece tan normal, en su momento provocó crispaciones y enfados sin cuento entre la reaccionaria corporación de los profesores de la universidad madrileña.

Y todo ello fue posible gracias a la voluntad ministerial de un periodista y político iznajeño, que consiguió también numerosas mejoras en el sufrido cuerpo de los maestros de primera enseñanza; por eso, no nos ha resultado extraño, sino más bien una delicada muestra de gratitud, encontrar entre la relación de las personas que mandan coronas al entierro de Julio Burell el nombre de la Condesa de Pardo Bazán. Así lo reseña *La Correspondencia de España*; el citado diario madrileño informa de que algunas de las coronas que acompañaron el féretro procedían de “la Asociación de Escritores y Artistas, de la Asociación de la Prensa, de la condesa de Pardo Bazán, del Ayuntamiento de Linares y del Cuerpo de archiveros”. ABC menciona, entre otras coronas, la que envía D. Cristóbal de Castro, el conocido escritor iznajeño que tantos favores debía también a su ilustre paisano, el ministro Burell.

Y es que, tal como lo refleja nuestro refranero, “de bien nacidos es ser agradecidos”, y entre las numerosas cualidades de doña Emilia también se encontraba este rasgo positivo.

ANTONIO CRUZ CASADO
Real Academia de Córdoba